

tro real, y tomaban el hábito de la vida monástica; y si los monasterios no hubieran sido tan numerosos y no hubieran estado tan diseminados por los campos, la sociedad europea, dice Macaulay, no se hubiera compuesto más que de bestias de carga y de bestias feroces.

Un día el Papa San León III, arrojado de Roma por una sedición, fué á implorar el auxilio de Carlo-Magno, que entonces se hallaba en Paderbörn, y al momento ese soberano, tan magnánimo como piadoso, envió á un arzobispo, después á un conde de su corte y, últimamente, á su hijo Pipino, vencedor de los hunos y del rey de Italia, para que salieran á recibir al Pontífice. Pipino marchaba al frente de cien mil hombres; y cuando ese ejército vió al Papa León, acompañado solamente de algunos sirvientes suyos, se arrodilló por tres veces; el Pontífice le bendijo otras tres, y en seguida Pipino se puso al lado del Papa. Apenas tuvo aviso Carlo-Magno de que se acercaba León á Paderbörn, salió de la ciudad, acompañado del clero, llevando la cruz y la bandera, y de una infinidad de gente de todos los pueblos, que formaban otro ejército mucho más numeroso, para esperar al Jefe de la Iglesia. Ese gentío se colocó en forma de circunferencia, y parecía una gran ciudad viva y ambulante, en medio de la cual, y elevado á más altura de las cabezas de todos los que le rodeaban, se veía en pie á Carlo-Magno, mientras que el Papa se hallaba lo mismo, rodeado de la inmensa escolta mandada por Pipino. En ese momento tan

solemne y tan grandioso se arrodillaron el ejército, el pueblo, el clero y toda la multitud inmensa que allí había, y Carlo-Magno, el padre de toda la Europa, permaneció inclinado ante el supremo Pastor del mundo, que bendijo por tres veces á sus pueblos, que con triple genuflexión le ofrecían el testimonio de su piedad y de su respeto. Los dos soberanos más eminentes y más augustos del mundo se aproximaron en seguida y, llorando de gozo, se dieron un tierno abrazo. El Papa, elevando su voz, entonó el cántico de los ángeles: «Gloria á Dios en el cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Esa entrevista fué como la fiesta celebrada para inaugurar la Edad Media.

Hasta nuestros días ha conservado Roma un monumento de esa grandiosa escena, y que es además el símbolo de las leyes y del espíritu del nuevo imperio. Se eleva en la plaza de Letrán, á dos pasos de la iglesia en donde fué coronado Carlo-Magno, y es conocido con el nombre de mosaico del *Triclinium* (de la silla), que fué construído por orden del Papa en el lugar donde Carlo-Magno y León celebraron el banquete de la fiel alianza entre el papado y el imperio. En él están expresadas las cláusulas de esa laudable unión, que dió á los reyes la autoridad, á los pueblos la libertad, y que instituyó la dichosa é importantísima concordia del trono espiritual y del trono temporal, á cuya sombra, dice Bossuet, descansa y halla reposo todo el género humano.

En el centro del mencionado mosaico está sentado en actitud y expresión de su universal soberanía Nuestro Señor Jesucristo, origen de todo, el principio y el fin de todo, el *Alpha* y la *Omega* y nuestro único Maestro y Redentor. Pasan por sus piés cuatro ríos, símbolo de los cuatro Evangelios; en su alrededor, y llevando el palio, figura de la enseñanza, están colocados los doce Apóstoles, por los cuales fué anunciada al mundo la feliz noticia de su rescate y de su libertad; en la base están escritas las palabras soberanas contra las cuales no podrá prevalecer jamás potestad alguna: *Ite, docete*. Id y enseñad á toda la descendencia de Adán que está rescatada, que es libre, que se ha derramado la sangre de Cristo para libertarla, que ella no tiene más que un solo Maestro, que es Dios, *unus magister vester*; que, por consiguiente, no debe adorar á nadie más que á Dios; que es radicalmente nula toda ley que se aparte de ese principio, y, en fin, que es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres.

Á derecha é izquierda de esa imagen céntrica, que muestra la fuente eterna del poder, hay dos personajes que representan, el uno, la distinción de los dos poderes, espiritual y temporal, y el otro, la trasmisión legítima de ellos.

Hay allí figurados un poder religioso y otro político. El Papa es *Vicarius Christi*, Vicario de Cristo, y el emperador es *Defensor Christi*, Defensor de Cristo. Jesucristo está sentado á la derecha dando las llaves á San Pedro, que está arro-

dillado, y á Constantino, que también está de rodillas, le da la bandera con la cruz que lleva esta inscripción: *In hoc signo vinces*; por esta señal vencerás la sedición que se levantará contra Jesucristo y la que se levantará contra tí (*lámina 131*). Á la izquierda San Pedro, sentado y elevado á la altura de la cintura de Cristo, da el palio á León III, su sucesor, y la bandera á Carlo-Magno.

Por voluntad de Dios, un vínculo necesario une el orden natural y el sobrenatural, y esa es la razón de que haya dos poderes. El orden natural no puede estar sin el orden sobrenatural, que es su guía, y, á su vez, el sobrenatural necesita del natural, que es su auxiliar. Plugo á Dios que fuera así, y fuera de esa unión necesaria, jamás, hasta el fin del mundo, habrá más que caos, anarquía y confusión.

¿Cuál es el fin de la autoridad? ¿Qué debe ella querer? La inscripción del mosaico citado lo dice, y lo dice repitiendo la primera palabra que oyeron los hombres cuando Cristo se apareció en carne humana: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*; gloria á Dios y paz á los hombres de buena voluntad.

Ahora bien, esa paz que el Dios de amor quiere conceder á los hombres no puede ser la paz de Bruto, ni la paz de César, las cuales estaban destituidas de la justicia y del amor. Sin amor y sin justicia no hay paz posible, ni tampoco libertad, porque ésta sólo se halla donde reina el espíritu de Dios derrama-

do por medio de su Iglesia: *Ubi est spiritus, ibi est libertas*. Por tanto, la ley y la regla de la autoridad deben, sí, procurar la gloria de Dios y la libertad de los hombres por medio de la difusión del espíritu de Dios; y cuando esta regla sea infringida, en vano buscará el mundo la libertad y la paz, y



Lámina 131.—El Poder espiritual y el Poder temporal proceden de Jesucristo, que da á San Pedro las llaves y á Carlo-Magno el estandarte, teniendo en su extremo la cruz. El *Vicario* de Jesucristo es el Papa, y el *Defensor* de Cristo es el Emperador.—Mosaico del siglo IX, que se halla en el *Triclinium* de San Juan de Letrán, en Roma.

en vano hará esfuerzos un gobierno para afianzar la autoridad.

La voluntad de Dios así lo ha establecido, y al poner las bases de la sociedad humana, quiso que fueran esos dos poderosos brazos el Papa y el príncipe temporal; y así como unidos estos dos poderes pueden hacer todo el bien, desunidos y di-

vorciados serán impotentes para vencer el mal. En eso se funda la Iglesia para mostrarse siempre dispuesta á prestar su auxilio y cooperación, porque no disputa, ni vacila ante este orden instituido por Dios, que es el que humilla y el que eleva. *Omnis potestas a Deo. Reddite Cæsari quæ sunt Cæsaris*. Toda potestad viene de Dios. Dad al César lo que es del César. Por eso la Iglesia no conspira, ni resiste en asuntos de carácter puramente temporal, ni se mezcla en los manejos de los partidos, ni rehusa pagar el tributo, el honor y la súplica; y todavía hace más, pues pide la protección. ¡Dichoso el poder público que la escucha y que tiene el buen sentido de respetar su libertad! ¡Dichoso también el pueblo que es gobernado por semejante autoridad, porque la libertad de la Iglesia, siendo la libertad del espíritu de Dios, contiene el germen de toda prosperidad, y es la base de todo orden, el elemento y la garantía de toda libertad!

Sin el auxilio del soberano temporal, frecuentemente no es el Papa más que un mártir inmortal, y el soberano temporal sin el Papa no es más que un dios de los pretorianos, un ídolo con frecuencia despedazado y fundido para que salga de él otro, que á su vez dejará su pedestal á un tercero. Lo peor es que el combustible con que los pretorianos calientan el horno para fundir el ídolo son los cuerpos mutilados de la mísera humanidad.

Desde Adriano I hasta León IV, á pesar de los trastornos y perturbaciones que ocurrieron, la paz se conservó en Roma

cerca de un siglo; y durante esa época, bajo la tutela de la santa sede, se formó la nueva Italia, en la que se aumentó la población y florecieron las artes. Pero desgraciadamente hay en la humanidad un espíritu destructor de la misma humanidad que la hace aborrecer los caminos del orden, fuera de los cuales no puede ella vivir, y con alicientes absurdos la conduce al abismo.

LA EDAD MEDIA

Murió Carlo-Magno, y su obra parecía prematura; y el mundo, que ese gran ingenio acababa de restaurar, no le dió sucesor. Mas la Iglesia existía delante de Carlo-Magno; y si bien éste había ensayado sus planes, quedaba ella después de él para continuarlos, corregirlos y ejecutarlos. De hecho los Papas fueron quienes sostuvieron el mundo para que no volviese á sepultarse en las tinieblas.

Cerca de tres siglos pasaron en medio de una confusión inexplicable, ó, por mejor decir, inevitable. No hubo más que guerras, revoluciones, división de reinos, invasiones, crímenes, incendios y traiciones de todo género. Por fin, cuando se vió que la dinastía de Carlo-Magno iba á desaparecer del género humano, aquella sociedad creyó llegado su fin; y todo parecía confirmarla en esa creencia, habiéndose pasado muchos años del siglo X en los cuales estaban los ánimos abatidos con ese terror.

La misma Iglesia tuvo que lamentar graves males, porque

no solamente vió su sagrada jerarquía turbada por invasiones políticas, sino que además sintió amenazada la unidad de su doctrina por locas y soberbias herejías que se levantaron contra ella; y los romanos Pontífices, atacados é inquietados continuamente por movimientos turbulentos que surgían en la misma ciudad de Roma, fueron unas veces arrojados de ella y otras cautivos y maltratados por los partidos vencedores, que no respetaban su autoridad y atentaban en algunas circunstancias contra su vida. En tan furiosa y desastrosa tempestad perecieron y fueron víctimas de la calumnia las reputaciones más sólidas y mejor adquiridas, si bien posteriormente todos los adelantos de la ciencia y los descubrimientos de luminosos datos históricos han venido á honrarlas y justificarlas.

Citaremos á Juan X, uno de los Pontífices que fueron más indignamente y con mayor injusticia tratados. Cuando los sucesores de Carlo-Magno se separaron de la actividad y del celo por el orden y por la religión, de que tan edificantes ejemplos les había dejado el incomparable y piadoso emperador, y cuando los príncipes de Italia hicieron alianza con los sarracenos, el Papa Juan X se levantó solo en medio de esos perversos y cobardes para defender los intereses de la civilización europea, llegando á reunir un ejército, de cuyo mando se encargó, atacando con él á los sarracenos atrincherados en Garigliano y destrozándolos completamente, con cuya victoria, ganada por el mismo Papa, se rechazó la formidable invasión agarena, en la